



DESDICHADA CURIOSIDAD

EL señor Saval, notario de Vernón, era muy aficionado á la música. Joven todavía, calvo ya, y siempre cuidadosamente afeitado, bastante grueso, llevando lentes de oro en vez de las antiguas gafas, era galante, vivo, alegre, y pasaba en Vernón por un artista. Tocaba el piano y el violín, y en sus veladas musicales interpretaba las óperas nuevas.

Además, tenía lo que se llama «un hilito de voz», un hilito solamente, pero la manejaba con tanto gusto, que los «¡Bravo! ¡Exquisito! ¡Sorprendente! ¡Admirable!» salían de todas las bocas en cuanto lanzaba la última nota.

Un editor de música de París le mandaba todas las novedades, y de cuando en cuando, la buena sociedad de Vernón recibía tarjetas redactadas en esta forma:

«Ruego á usted que se digne asistir el lunes por la noche, en casa del señor Saval, notario, á la primera audición en Vernón de... (tal ó cual partitura).»

Algunos militares que tenían buena voz hacían los coros. Y dos ó tres damas cantaban también.

El notario dirigía la orquesta y las voces con tanta seguridad, que el músico mayor del regimiento número ciento noventa de Infantería, dijo una vez en el café de Europa:

—El señor Saval es un verdadero maestro; lástima que no se haya dedicado exclusivamente á las artes.

Cuando alguien citaba su nombre, no faltaba otro que declarase:

—No es un aficionado; es un artista, un verdadero artista.

Dos ó tres personas repetían con profunda convicción:

—Sin duda: un verdadero artista.

Y recalcaban mucho la palabra «verdadero».

Cada vez que una obra nueva era interpretada en un teatro de primer orden de París, el señor Saval hacía un viaje.

Ultimamente quiso asistir á una de las primeras representaciones del *Enrique VIII*. Tomó el expreso que llega á París á las cuatro y treinta de la tarde,

resuelto á regresar en el de las doce y cuarenta y cinco, para no dormir fuera de casa. Fué ya vestido de frac y corbata blanca, disimulándolos bajo un sobretodo con el cuello levantado.

En cuanto pisó la calle de Amsterdam, fué dicho so y se dijo;

—No hay duda: el ambiente de París no se parece á ningún otro; háy algo en él de activo, excitante y embriagador, que anima y hace concebir muchos deseos. En cuanto llego á la estación me parece que apuro una botella de Champagne.

¡Qué vida tan agradable aquí, en medio de un mundo artístico! Felices los grandes hombres, los elegidos que gozan de fama en esta capital del Arte. ¡Qué vida la suya!

Y hacía proyectos; hubiera querido conocer á alguno de aquellos hombres célebres para pasar en su compañía, de cuando en cuando, una velada en París y contarle después en Vernón.

De pronto tuvo una idea. Había oído hablar de las cervecerías á donde acuden pintores ya conocidos, literatos y hasta músicos, y se dirigió hacia las alturas de Montmartre, lentamente.

Le sobraban dos horas antes de la de ir al teatro. Podía ver alguna cosa. Pasó por delante de las cervecerías donde se reúnen los bohemios desarra-

pados, contemplando sus cabezas, tratando de adivinar cuáles eran los artistas. Al fin se decidió á

entrar en la «Rata Muerta», sugestionado por el rótulo.

Cinco ó seis mujeres con los codos sobre las mesas de mármol, hablaban de sus asuntos amorosos, de las disputas de Lucía con Hortensia, y de las tunantadas de Palmira. Eran ya maduras, demasiado gordas ó demasiado flacuchas; todas fatigadas y gastadas. Se adivinaban las calvas en sus peinados; bebían tanta



cerveza como los hombres.

El señor Saval fué á sentarse á distancia de las mujeres, y esperó, confiado en que no tardarían en llegar los artistas, porque se acercaba la hora del ajenjo.

Un gallardo joven, llegó pronto y tomó asiento cerca de Saval. Saludando al recién llega-

do, la señora del mostrador le llamó Romantin.

El notario sintió una emoción agradable. ¿Sería este Romantin el que acababa de obtener primera medalla en la Exposición de Pintura?

El joven llamó al mozo y le dijo:

—Dame de comer en seguida, y que lleven pronto á mi nuevo estudio, boulevard de Clichy, núm. 15, treinta botellas de cerveza y el jamón que tengo encargado. Vamos á celebrar la nueva instalación.

Saval pidió también que le sirvieran un cubierto. Se quitó el sobretodo, mostrando el frac y la corbata blanca.

Su vecino de mesa, que sin duda no reparaba en él, había cogido un periódico y leía.

Saval le miraba de reojo ardiendo en deseos de hablarle.

Otros dos jóvenes con la barba en punta á lo Enrique III, y vestidos con cazadoras de pana, entraron, sentándose junto á Romantin.

Uno dijo:

—¿Será esta noche?

Romantin le dió la mano:

—Sí, esta noche. Allí estarán Bonat, Guillemet, Gervex, Biraud, Hebert, Díez, Clairin, Jean-Paul Laurens. ¡Una hermosa fiesta! ¡Con mujeres! Todas las actrices que no trabajen esta noche.

El dueño del establecimiento se acercó, diciendo:

—Inaugura usted el estudio con mucha frecuencia.

—Verdad que sí. Cada trimestre hay mudanza; en cuanto el casero se obstina en cobrar.

El notario, no pudiendo ya contenerse, metió baza en la conversación.

—Ruego á usted que me perdone, caballero; pero antes oí su nombre y desearía que me dijera si es usted el pintor cuya obra he admirado tanto en la última Exposición.

El artista dijo:

—Soy, en efecto, Romantin, el pintor premiado con primera medalla.

El notario estuvo muy oportuno en las frases elogiosas que pronunció y que le acreditaban de hombre culto.

El pintor, halagado, contestó finamente á tantas finezas.

Y hablaron.

Romantin volvió á tratar de su fiesta, que sin duda sería magnífica.

Saval, después de preguntarle algo de todas las celebridades que asistirían, añadió:

—Para un forastero sería una fortuna extraordinaria conocer de un golpe tantos hombres famosos en casa de un artista eminente.

Romantin ofreció:

—Si le agrada, vaya usted.

Saval aceptó con entusiasmo, pensando: «Queda tiempo de ver el *Enrique VIII*.»

Uno y otro acabaron de comer. El notario tuvo empeño en pagar los dos cubiertos, deseando corresponder de algún modo á las atenciones del artista. Pagó también lo que bebieron los de las cazadoras de pana.

Luego salió de la cervecería con el pintor.

Se detuvieron frente á una casa muy grande y de poca altura, sobre cuyo primer piso había una galería de cristales interminable. Seis estudios en fila tomaban luz del bulevar.

Romantin pasó delante, subió la escalera, abrió la puerta, encendió una cerilla primero y después una vela.

Se hallaron en una habitación inmensa y destartalada cuyo mobiliario consistía en tres sillas, dos caballetes y algunos bocetos clavados en la pared. Saval, estupefacto, quedó inmóvil junto á la puerta.

El pintor dijo:

—Espacio tenemos bastante; pero falta lo demás.

Después, examinando el aposento destartalado, cuyo techo de gran altura se perdía en la sombra, añadió:

—Se podría sacar mucho partido del estudio. Mi querida pudo ayudarnos. Para estas cosas, las mujeres no tienen precio. Pero la envié al campo esta mañana con objeto de librarme de su presencia esta noche. No porque me aburra, sino porque no tiene maneras finas y sus brusquedades podrían desagradar á mis invitados.

Cuando hubo reflexionado un momento, añadió:

—Es una buena muchacha; pero con un carácter imposible. Si hoy supiera que recibo en mi casa, me arrancaría los ojos.

Sava! continuaba inmóvil sin comprender todo aquello.

El artista se acercó á él.

—Ya que vino usted, ayúdeme.

—Sírvese de mí como quiera. Estoy á sus órdenes. Romantín se quitó la cazadora.

—Bien, ciudadano, ¡á trabajar! Primero se impone un poco de limpieza.

Y de detrás del caballete donde había un lienzo con un gato pintado, sacó una escoba muy usada.

—Tome usted; haga el barrido mientras yo me ocupo de la luz.

Saval cogió la escoba, la miró y empezó á frotar con ella el suelo, tan desmañadamente, que levantaba nubes de polvo.

Romantín, indignado, le detuvo quitándole la escoba.

—¿No sabe usted cómo se barre? ¡Caramba! Mire, mire usted cómo lo hago yo.

Y empezó á mover la escoba con ligereza, reuniendo un montón de basura, como si no hubiera hecho en toda su vida más que barrer. Luego devolvió el instrumento de limpieza al notario, el cual procuró imitarle.

A los cinco minutos habíase levantado tanto polvo, que Romantín preguntó:

—¿Dónde se ha metido usted, que no le veo?

Saval se acercó al pintor, y éste le dijo:

—¿Cómo se las compondría usted para improvisar una araña?

El notario, sorprendido, repitió:

—¿Una araña?

—Sí; para la iluminación; una araña con bujías.

El notario dijo:

—No lo sé.

El pintor, haciendo castañetear sus dedos, paseaba:

—Pues bien, ya he resuelto la manera de hacerla. Luego, reposadamente, prosiguió:

—¿Tiene usted cinco francos?

Saval dijo:

—Los tengo.

El artista replicó:

—Pues vaya en seguida y compre cinco francos de bujías mientras yo voy á casa del cubero.

Y empujó al notario hacia la puerta.

Volvieron pronto, el uno con las bujías y el otro con un aro de cuba. Luego, Romantin sacó de un armario de pared veinte botellas vacías y las ató en el aro. Fué á pedir una escalera de mano á la portera, explicando á Saval que la tenía propicia por haberle retratado la gata.

Ai subir con el artefacto preguntó á Saval:

—¿Es usted un hombre ágil?

Sin comprender el objeto de la pregunta, el notario contestó:

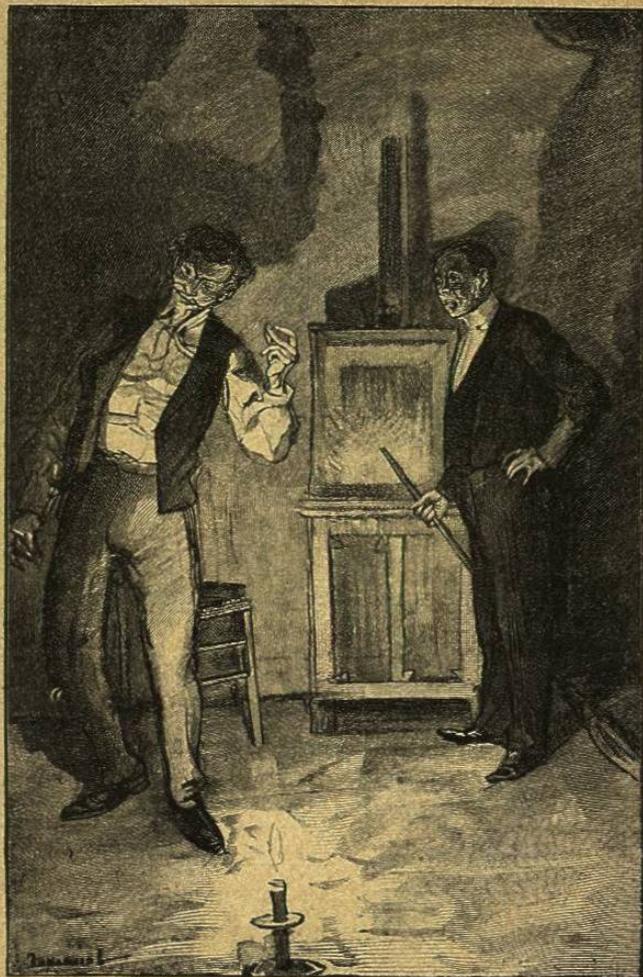
—Creo que sí.

—Me alegro; usted puede subir á colgar mi araña en el techo, y poner luego en cada botella una bujía. Tengo la vena de la iluminación. Pero, ¡caramba! Quítese usted el frac para esto.

Abrióse la puerta bruscamente y apareció una mujer con los ojos muy brillantes.

Romantin la miró asustado.

La mujer estuvo inmóvil y silenciosa, con los brazos cruzados y la mirada fija; luego, con voz vibrante, exasperada, gritó:



—¡Ah! ¡Cochino! ¡Sinvergüenza! ¿Por qué me has engañado?

Romantín permanecía silencioso. Ella prosiguió:

—¡Ah! ¡Canalla! Y aún presumías de obsequioso, mandándome al campo. Ya verás cómo arreglo yo tu fiesta. Sí. Voy á recibir á tus amigos yo misma...

Se animaba gradualmente.

—Les tiraré á los morros las botellas y las bujías... Ya verás...

Romantín dijo, con dulzura, queriendo apaciguarla:

—Matilde...

Pero ella, sin hacerle caso, proseguía:

—Ya verás, canalla, ya veréis todos una cosa buena.

Romantín se acercó á la mujer intentando acariciarle una mano:

—Matilde...

Pero ella estaba furiosa, vomitando frases groseras, insultos, reproches de todas clases que brotaban de sus labios como un torrente de inmundicia. Las palabras atropellábanse para salir. Tartamudeaba, barboteaba, se atragantaba, mezclando injurias, amenazas y juramentos. El pintor le había cogido las manos sin que ella se diese cuenta. Ni parecía verle, ocupada sólo en va-

ciar su corazón. De pronto lloró. Sus lágrimas caían y se mezclaban con sus quejas; pero su voz tomaba inflexiones tristes y sentimentales hasta que se convirtió en un lamento. Quiso insistir en sus provocaciones dos, tres, cuatro veces, pero sus lágrimas acabaron por imponerle silencio, desbordándose.

Y el pintor enternecido la oprimió entre sus brazos y la besó en los cabellos.

—Matilde, mi querida Matilde, óyeme, sé razonable. No ignoras que necesito festejar la medalla que me han dado en la Exposición. Hay compromisos inevitables. No es una fiesta de mujeres. Deberías comprenderlo. Los artistas no somos como todo el mundo.

Ella balbuceó entre lágrimas:

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no te disgustaras. Vamos; ahora te llevaré á tu casa; y serás muy buena y muy prudente y te acostarás para esperarme; yo iré pronto.

Ella murmuró:

—Bueno. ¿Me prometes que no se repetirán estas cosas?

—Te lo juro.

Y dirigiéndose al notario que acababa de arreglar la araña, le dijo:

—Antes de cinco minutos volveré; pero si alguien viniera en ese tiempo, hágale usted los honores de la casa.

Y se fué llevándose á Matilde que se limpiaba con el pañuelo los ojos y las narices alternativamente.

Solo allí, Saval acabó de ordenar las cosas, encendió las bujías y aguardó.

Aguardó un cuarto de hora, media hora, una hora, sin que volviera Romantín.

Después, de pronto, resonó en la escalera una gritería horrible, una canción vociferada por cien bocas; y un paso rimado como el de un regimiento en marcha. Las sacudidas acompasadas de los pies hacían retemblar el edificio. La puerta se abrió y una muchedumbre se precipitó en el estudio. Mujeres y hombres, de dos en dos, avanzaban gritando:

Entrad en mi barraca, entrad.
Criadas y niños, entrad.

El notario, sorprendido, quedó inmóvil debajo de la lámpara. Los recién llegados, al verle, dando gritos comenzaron á girar á su alrededor, encerrándole en un círculo de vociferaciones. Luego se cogieron todos por la mano y bailaron en corro desafortadamente.

El notario trataba de explicarse:

—Señores... Señores... Señoras...

Pero nadie le oía. Todos giraban, saltaban y alborotaban.

Al fin la danza se detuvo, y Saval dijo:

—Señores...

Un joven rubio le interrumpió:

—¿Cómo se llama usted, amigo?

El notario, moleestado, respondió:

—Soy el señor Saval.

Una voz dijo:

—Quieres decir, Bautista.

Una mujer añadió:

—Dejadle tranquilo. El mozo acabará enfadándose. Le han pagado para que nos sirva y no para que nos burlemos de él.

Entonces reparó Saval que todos los invitados llevaban provisiones. Uno, vino; otro, pasteles; aquél, pan; éste, jamón.

El joven rubio le puso en las manos un salchichón enorme, ordenándole:

—Prepara el bufé convenientemente. Pon las botellas á la izquierda y los comestibles á la derecha.

Saval, desesperado, exclamó:

—Pero, señores, yo no soy un mozo de café: soy un notario.

Hubo un instante de silencio; luego estalló una carcajada brutal.

Un desconfiado le dirigió esta pregunta:

—¿Por qué vino usted aquí?

Saval dió explicaciones, relatando su proyecto de asistir á la Ópera, su salida de Vernón, su llegada á París. Cuanto le había ocurrido.

Se habían sentado todos á su alrededor para escucharle, y de cuando en cuando le interrumpían con frases irónicas; algunos le llamaban Scheherazada, recordando las *Mil y una noches*.

Romantín no volvía. Llegaban invitados y los primeros, presentándoles á Saval, pedían que les repitiese la historia. Él se negaba, pero á fuerza de ruegos é insistencias, le hacían ceder. Le ataron en una de las tres sillas, entre dos mujeres que le ofrecían vino á cada instante.

El notario bebía, reía, charlaba y hasta llegó á cantar. Quiso levantarse y cayó.

A partir de aquel momento perdió el sentido. Sin embargo, le pareció que le desnudaban, que le acostaban y que le dolía mucho el estómago.

Era casi medio día cuando despertó en una alcoba estrecha, en una cama desconocida.

Una mujeruca, empuñando una escoba, le miraba furiosamente, y al fin le dijo:

—¡Sucio, más que sucio! No es decente ni decoroso emborracharse así.

Saval se incorporó, sintiéndose incómodo y dijo:

—¿Por qué me trajeron aquí?

—Por borracho, ¡sucio!; porque no se podía tener



de borracho. ¡Arre allá! y váyase lo antes posible. ¡Pronto, pronto!

Quiso levantarse, pero estaba desnudo y no vió su ropa en parte alguna.

—Señora, yo...

Recordando, preguntó:

—¿El señor Romantín no ha vuelto?

La portera dijo vociferando:

—¿Quiere usted callar? Largo de aquí. Al menos que no le vea cuando entre.

Saval turbado, murmuró:

—Pero si me han quitado mi ropa...

Fué preciso avisar á unos amigos, pedirles dinero y comprarse ropa. Tomó el tren de la noche.

Y cuando se habla de música en sus tertulias de Vernón, dice con el aplomo de quien sabe muy bien lo que se dice, que la pintura es un arte secundario, de poco más ó menos.



EL VENGADOR

CUANDO Antonio Leuillet se casó con Matilde, la viuda de Souris, hacía ya diez años que se hallaba enamorado de ella.

Souris era el amigo, el viejo camarada de colegio de Antonio Leuillet, quien le quería mucho, encontrándole, sin embargo, un poco simple, y decía con frecuencia:

—Este pobre Souris no ha inventado la pólvora.

Cuando supo que Souris se casaba con Matilde, quedó Leuillet sorprendido y un poco molesto, porque sentía mucha inclinación hacia ella.

Era la hija única de una señora de su vecindad, retirada del comercio con un insignificante capital. Matilde, bonita, delicada, inteligente, apechugó sin duda con Souris por verse rica.

Entonces Leuillet concibió esperanzas de otro género, pretendiendo á la mujer de su amigo, y, á